

UNA COMEDIA EN TONO MENOR

Alexanderplatz, 20

Hans Keilson

Una comedia en tono menor

Traducción de Carles Andreu

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: *Komödie in Moll*
Obra publicada por primera vez en 1947 por la editorial Querido, Ámsterdam.
De la edición revisada: © 1995, 2005 S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main

© de la traducción: 2011 Carles Andreu
Revisión: Claudia Ortego

© 2011 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163
08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: marzo de 2011

Diseño gráfico: Pepe Far
Fotografía de la cubierta: Claudio Arnese
Fotografía de la solapa: © Martin Spieles / S. Fischer Verlag GmbH



GOETHE-INSTITUT

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Goethe-Institut, financiado por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Winihard Gràfics S. L., Av. del Prat, 7, 08180 Moià

ISBN: 978-84-95587-79-4
Depósito legal: B-12.782-2011

Printed in Spain

Para Leo y Suus, de Delft

I

—Ahí están de nuevo —dijo el doctor de pronto y se enderezó. De improviso, como sus propias palabras, el sonido de los motores de los aviones había penetrado furtivamente en la quietud de la cámara mortuoria. El doctor echó la cabeza hacia atrás, entrecerró los ojos y aguzó el oído.

El zumbido de los escuadrones nocturnos fue creciendo de intensidad, como si de pronto una pequeña dinamo se hubiera puesto en marcha y girara cada vez más deprisa, oculta en algún lugar de la casa. También podría provenir del sótano (eso pareció al principio) o de la casa de los vecinos... Pero eran los bombarderos nocturnos, no había duda, que se anunciaban. Llegaban desde Inglaterra con su gran envergadura, cruzando la playa del mar del Norte, situada a pocos kilómetros de allí, lanzaban sus bengalas luminosas, que debían indicar la vía de entrada a Holanda a los aviones que vendrían más tarde, y desaparecían en la noche por la frontera oriental. Unas horas más tarde, se los oía regresar por un punto más meridional o septentrional del país. Su rumor se alejaba en dirección al mar.

También el hombre y la mujer, que aguardaban con gesto indeciso junto a la cama, con la actitud propia de

quienes actúan impulsados al mismo tiempo por el miedo y la tristeza, alzaron ligeramente la mirada y escucharon con atención.

—Tan pronto... —susurró el doctor para sí.

Wim lo miró de soslayo, desconcertado, como si tuviera alguna duda acerca del significado de aquella observación.

Los primeros disparos de la noche, con su sordo retumbar, contrastaban vivamente con el sonido sutil, casi musical, de los aviones. Los cristales de las ventanas y las puertas tintineaban y traqueteaban, y la casa entera, de construcción algo endeble, respondía con un leve temblor a las explosiones. El principio, por muchas veces que uno lo hubiera experimentado, resultaba siempre inquietante.

Estaban a finales de marzo y los días se hacían cada vez más largos. Cuando el doctor se presentó, sobre las siete, fuera aún había luz.

Sin embargo, como desde hacía meses, Marie mantuvo a oscuras la habitación del primer piso donde vivía «él». Para ello había que recurrir a un sistema bastante complejo de cordones y ganchos. Marie prefería hacerlo personalmente, pues temía que alguien pudiera verlo desde la calle si lo hacía «él»; una preocupación algo exagerada, ya que no había ningún edificio enfrente.

Su casa estaba situada en el límite occidental de la ciudad, en una calle de construcciones idénticas de obra nueva (suite en el piso inferior, tres habitaciones con baño en el primer piso y buhardilla con desván), delante de un parque tras el cual, interrumpida por canales y diques, el inconmensu-

rable Westland se extendía hasta el horizonte, con sus invernaderos y con las dehesas despobladas por culpa de la guerra. Más allá empezaba el mar. Allí, la noche plateada unía tierra, cielo y agua en un arco resplandeciente.

El ritual de oscurecer la habitación formaba parte de una serie de medidas de seguridad preventivas acordadas el mismo día en que el desconocido había llegado a la casa. Con la aparición de la enfermedad, Marie se había aplicado a aquella ceremonia con redoblada escrupulosidad, pues tenía la sensación de que, enfermo, aquel hombre entrañaba para ellos un peligro aún mayor que cuando estaba sano.

Hacía ya unas dos semanas que guardaba cama. La fiebre había aportado color y redondez a un rostro que, tras pasar casi un año entero metido en aquel cuarto, había perdido hasta el último vestigio de vida. Durante los últimos días apenas había dicho nada. El fin estaba cada vez más cerca.

Cuando por la noche Marie encendía la luz de su cuarto, él volvía el rostro hacia la pared, como ya tenía por costumbre. El contraste entre la luz crepuscular y el brillo mate y turbio de la bombilla eléctrica daba a su rostro un aspecto pálido y apergaminado. Pero su cuerpo debilitado permanecía inmóvil y aletargado bajo las mantas de lana. La lámpara que colgaba a media altura en el centro de la habitación proyectaba más sombras que luz.

Después de que el hombre se refugiara en su casa, habían instalado una bombilla de menos bujías, para ahorrar. Además, habían cubierto la pantalla blanca de la lámpara con un paño azul para amortiguar el resplandor de la luz.

Wim y Marie no eran de naturaleza miedosa. Cuando tomaron la decisión de ocultar a alguien en su casa, eran bastante conscientes del riesgo que estaban asumiendo; o, por lo menos, lo eran hasta cierto punto, en la medida en que es posible evaluar los riesgos a priori, pues estos pertenecen a la categoría de las «sorpresas» y, como tales, no se pueden prever de antemano.

¿Y si un día, sin más ni más, se le ocurría abrir la ventana y asomar la cabeza al exterior? ¿O dar la luz en plena noche, después de haber descorrido él mismo las cortinas? No necesariamente para hacer una diablura o jugarles una mala pasada, sino... En todo caso, con una persona en su situación nunca era posible saber si cometería una estupidez en el momento menos esperado. Al fin y al cabo, no es ninguna tontería pasar doce meses o a veces incluso más encerrado voluntariamente en una habitación, consciente en todo momento del peligro que corres, a solas, sentado o yendo de un lugar a otro del cuarto.

Naturalmente, llevaba siempre zapatillas de fieltro, pues por nada del mundo ni la mujer de la limpieza, que pasaba medio día en la casa dos veces por semana, ni tampoco los vecinos debían enterarse de que había alguien escondido de forma permanente en el primer piso. Aunque, por otro lado, «gracias a Dios» se trataba de personas en quienes se podía confiar; en aquella calle solo vivían «buenas personas». De hecho, ¿quién sabía si en sus casas no esconderían también a alguien que debía llevar siempre zapatillas de fieltro y que era mejor que no asomara la nariz por la puerta en

todo el día? En fin, era preferible no hablar de esos temas. Se producían tantas delaciones...

—Pero no puede enterarse nadie, ¿me oyes? Es una condición ineludible —había dicho Marie en su día.

—Por supuesto —había contestado Wim con voz sosegada—, no va a saberlo nadie, eso no hace falta ni decirlo. Pero tienes que pensártelo bien, implica muchos...

—Ya me lo he pensado —respondió Marie; Wim ya debería saber que ella nunca hacía nada sin antes pensarlo—. Nadie, ni siquiera Cobra.

—Ni siquiera Cobra, de acuerdo —corroboró Wim.

Cobra era su hermana. Vivía cerca de su casa, en un barrio a la afueras, a media hora en tranvía. La relación entre las dos mujeres era magnífica. Cobra los visitaba tan a menudo que, a la larga, iba a ser imposible ocultárselo. Además, ¿por qué tenían que mantener el secreto ante Cobra? Pero Wim había respondido «de acuerdo». El tiempo diría. Al fin y al cabo, todas las situaciones tienen cierto margen de desarrollo.

—¿Y Erik? —preguntó Marie.

—¿Erik? —preguntó Wim, atónito—. ¿Erik? —repetió. No había duda, Marie tenía miedo; por eso le venían a la cabeza los nombres más descabellados—. ¿Cómo se te ha ocurrido pensar en él? Desde que nos casamos no ha... No, espera... —dijo, pensativo—. Sí, creo que una vez estuvo aquí, pero no creo que tengamos que preocuparnos por él... En cambio, ¿qué vamos a hacer si viene tu madre?

Marie se estremeció.

—No había pensado en esa posibilidad... —Se pasó las dos manos por la cabeza y volvió a recogerse el pelo, aunque ya lo llevaba bien recogido—. Sí, o si tenemos invitados... ¿Cómo crees que va a tomárselo mi madre?

—Entonces, ¿quieres contárselo?

—Si se hospeda en nuestra casa, Wim..., claro que se lo contaré.

—Pues yo no lo veo tan claro —respondió Wim y se ajustó la corbata.

La primera columna de aviones sobrevolaba ahora su hilera de casas.

Los tres se quedaron inmóviles en una postura similar, algo encogidos (uno nunca se acostumbraba del todo) y con la cabeza ligeramente ladeada. Las nuevas explosiones, que ahora retumbaban a breves intervalos, les provocaban contracciones en los músculos de la nuca, por la tensión con la que escuchaban y por el peligro que planeaba sobre sus cabezas y hacía temblar toda la casa, sumida en una vacilante expectación. Los motores rugían con fuerza. Aquellas formas artificiales hechas de varillas y de chapa ondulada, llamadas a una rígida vida alada de corta duración, llenaban el cielo y la tierra con el latir de su férreo pulso.

Allí, en aquella habitación, estaba muriendo un hombre.

—Ahí están de nuevo...

Esas eran siempre sus palabras. A veces, mientras estaban cenando en la sala (el único momento del día en que, tal como habían acordado, él bajaba al piso inferior), echaba la cabeza hacia atrás, de modo que sus hirsutas ventanas

nasales quedaban bien visibles bajo el encorvado lomo de la nariz y, con la boca llena, plantaba los cubiertos encima de la mesa y pronunciaba esas cuatro palabras: «¡Ahí están de nuevo!» Como si lo hubiera estado esperando.

Si llegaban más tarde y él se encontraba ya a solas en su cuarto, o incluso en la cama, se incorporaba y repetía aquella fórmula en la habitación silenciosa.

De los tres, él era siempre el primero en oírlos.

Pero Wim permanecía impasible.

—Ajá —respondía, más a modo de pregunta que de afirmación. Por otro lado, sin embargo, su voz no reflejaba ni incredulidad ni negación, sino más bien el discreto desinterés con el que alguien deja en suspenso algo que es en sí mismo posible, aunque no en ese momento. En cualquier caso, no por eso dejaba de comer.

—Pues sí —decía Marie, que vacilaba un instante antes de llevarse el tenedor a la boca—. Sí, Nico tiene razón... ¿Lo oyes? —preguntaba, blandiendo el cuchillo.

—Tan pronto... —añadía Nico y echaba un vistazo al reloj de la pared de enfrente—. Las siete y diez.

Le brillaban los ojos al constatar que no le fallaba el oído. El zumbido subía de intensidad. Ahora también Wim los oía.

Los primeros disparos de la noche, con su sordo retumbar, contrastaban vivamente con el sonido sutil, casi musical, de los aviones. Los cristales de las ventanas y las puertas tintineaban y traqueteaban, y la casa entera, de construcción algo endeble, respondía con un leve temblor a las explosio-

nes. El principio, por muchas veces que uno lo hubiera experimentado, resultaba siempre inquietante.

—Quieren volver pronto a su casa; pásame las patatas, Marie —decía Wim, que se daba por satisfecho con aquella simple aclaración, con la que esperaba haber zanjado ese asunto tan poco interesante—. ¡Comed, que se enfría!

—No, Wim, no —respondía Nico algo irritado, como si para él aquella fuera una cuestión vital, y dejaba caer la cabeza, con los carrillos llenos—. No, habrá algún motivo... Deben de tener un vuelo largo, ¿comprendes? A lo mejor quieren llegar a Berlín o... Sí, seguro que van a Berlín. Nosotros estamos en el corredor aéreo hacia Berlín.

Hablaba con tal convencimiento que parecía que hubiera tomado parte activa en la preparación de los planes de bombardeo nocturno.

—¿Y qué tal te ha ido hoy el día, Nico? —preguntaba Wim, corriendo un tupido velo sobre lo de Berlín.

Nico respondía en el mismo tono bondadoso.

—Gracias, Wim, no me puedo quejar. La pensión es buena, y he estado practicando idiomas, inglés y francés... —le decía, en función de lo que hubiera hecho cada día.

—¿Y cuántas partidas de ajedrez has ganado?

Nico jugaba al ajedrez y, aunque no era particularmente bueno, se aplicaba con un empeño inquebrantable. Cuando Nico tenía un buen día, contestaba a aquella pregunta veladamente maliciosa con una respuesta similar, algo así como:

—Ninguna, Wim, ninguna. Mi contrincante era demasiado bueno...

Jugaba siempre contra sí mismo. Pasaba horas y horas sentado a la mesita cuadrada de su cuarto, ante el tablero cubierto de piezas. El otro asiento estaba libre. E2-e4, e7-e5, p1-p3, etcétera. A menudo pasaba largo rato con la cabeza apoyada en una mano, muy concentrado, pensando. ¿Pensaba en un problema de ajedrez? ¿O en...?

Al día siguiente ardía de impaciencia mientras esperaba a que dieran las cinco de la tarde y Marie subiera al primer piso con el periódico.

Oculto tras las cortinas, había observado como la repartidora de periódicos cruzaba rápidamente el pequeño jardín delantero. A menudo salía de su cuarto con paso igualmente presuroso (y calzado siempre con zapatillas, tal como habían acordado al principio) para, apoyado en la barandilla del rellano, oír como el periódico entraba por el buzón y caía sobre el suelo de piedra con un ruido seco. A menudo, los segundos que seguían eran los más emocionantes de toda su vida de recluso. ¿Serían conscientes de ello, sus anfitriones?

Nico permanecía de pie en el último escalón, esperando, hasta que poco después Marie salía de su habitación, donde se dedicaba a las labores de costura, y recogía el periódico. A continuación desplegaba las hojas, leía los titulares (¡Mentiras! ¡Todo mentiras! Pero qué se le iba a hacer, bien tenían que comprar un periódico, aunque solo fuera por los vales para víveres), le daba la vuelta, leía las noticias de sociedad, las defunciones, los compromisos matrimoniales, los

nacimientos (naturalmente, también en tiempos de guerra la gente continuaba enamorándose y trayendo niños al mundo) y, sin dejar de leer, empezaba a subir por las escaleras.

—Nico —lo llamaba en voz tan baja que no la habría oído ni siquiera alguien que estuviera escuchando, tan solo él, que, como ella sabía muy bien, esperaba de pie en lo alto de la escalera—. Nico, otra vez tenías razón, efectivamente...

No le costaba nada darle esa pequeña alegría.

A veces, no obstante, Marie se olvidaba del periódico, que permanecía ante la puerta hasta que Wim regresaba a casa de la oficina. Otras veces, Marie había salido de compras a la ciudad.

Entonces Nico se quedaba en lo alto de la escalera y se enzarzaba en una ardua batalla consigo mismo: ¿no sería posible, con mucha, muchísima cautela...? Podía quitarse las zapatillas y caminar tan solo en calcetines; la diferencia, por pequeña que fuera, se notaba. O incluso podía deslizarse por la barandilla, como hacía de pequeño. Sabía perfectamente en qué peldaños crujía la madera: en el tercero y el quinto del primer tramo de la escalera, contados desde arriba, y en el primero y el cuarto del segundo.

Pero al final nunca se atrevía, aunque estaba convencido de que nadie, nadie en todo el mundo lo oiría. Iba en contra de lo acordado y por eso se abstenía de hacerlo, pero nadie conocía el alcance de su violento conflicto interior.

Enseguida se aprestaba a pensar en algo distinto, en el tormento y las atrocidades que sin duda lo aguardaban, pero que había logrado eludir para caer en otro tormento.

—En todas partes aguardan tormentos y atrocidades —se decía para sí—. En todas partes.

Al cabo de un rato se levantaba y regresaba sigilosamente a su cuarto.

—Bueno, bueno —dijo el doctor al oír próximos los impactos de la respuesta de la defensa antiaérea—. Menudos zambombazos.

Una incesante columna de bombarderos nocturnos sobrevolaba la manzana de casas. Parecía como si cruzara simultáneamente todas las habitaciones de la casa.

El doctor miró alternativamente a la mujer y al hombre, percibió su miedo contenido ante la muerte que se iba acercando, queda y ruidosamente, y observó las sombras que la lámpara de techo proyectaba sobre el amarillento cielo raso.

Entonces volvió a inclinarse sobre la cama y palpó el cuerpo, que ya había empezado a enfriarse.

Wim tenía los brazos cruzados a la espalda y la vista fija en el suelo. «Tenemos que enterrarlo —pensó—. Naturalmente, a los muertos hay que enterrarlos. Pero ¿cómo?»

—En una noche así en el refugio antiaéreo, mientras la casa se hunde sobre tu cabeza...

El doctor no terminó su frase. La muerte es la muerte y uno puede morir en cualquier parte. ¿Vivir también?

Con gesto vacilante, Marie apoyó las manos en el borde inferior del alto armazón de la cama. Sintió como si estuviera tocando al muerto. Le miró la cara: le había crecido la barba, estaba demacrado y tenía los ojos cerrados. El pelo

negro le caía, revuelto y despeinado, sobre la frente huesuda y no particularmente alta, y las patillas, que tan frondosas se habían vuelto durante la enfermedad, tenían un brillo rojizo. La boca laxa y entreabierta, con la barbilla ligeramente caída, le daba al rostro, castigado por el sufrimiento, una forma más redondeada. ¡Qué viejo parecía! Todo aquello, unido al recuerdo del Nico al que habían acogido en su casa, provocó en Marie una determinada asociación de ideas. Era extraño que aquello no se le hubiera ocurrido nunca mientras él aún vivía. En cualquier caso, y aunque no tenía ningún tipo de inclinación religiosa, no pudo evitar pensar en la Biblia y en el Antiguo Testamento, de cuyo pueblo Nico era descendiente. Job podía haber tenido ese mismo aspecto, pensó.